Globethics Repository



Desafíos del trabajo social en la política publica [Social Work Challenges in Public Policy]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Pérez, Cecilia
Publisher	Departamento de Trabajo Social de la Universidad Católica Silva Henriquez
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-10 01:31:24
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/216654

PERSPECTIVAS N°16, 2006, 21-26 • ISSN 0717-1714

Desafíos del trabajo social en la política pública

Cecilia Pérez*

Resumen

En este artículo se presenta la intervención de la Ministra del Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) durante la administración del Presidente Ricardo Lagos Escobar, Cecilia Pérez Díaz, en el Foro "Los desafíos del trabajo social, en el año de la canonización de Alberto Hurtado" organizado por la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado (UAH) en Santiago de Chile el 6 de octubre de 2005.

Palabras claves

Políticas Públicas, Pobreza, Exclusión Social, Problemas Sociales, Focalización, Trabajo Social

Abstract

SOCIAL WORK CHALLENGES IN PUBLIC POLICY

This article deals with the presentation by the Minister of Woman's National Service (SERNAM), Cecilia Perez Diaz, during the administration of President Ricardo Lagos Escobar, in the Forum "Social work challenges in the year of the canonization of Alberto Hurtado" organized by the School of Social Work at Universidad Alberto Hurtado (UAH) in Santiago, Chile on October 6th, 2005.

Key words

Public Policies, Poverty, Social Exclusion, Social Problems, Focalization, Social Work

* Asistente Social, chilena. Ex Directora Ejecutiva FOSIS Nacional, Gobierno del Presidente Ricardo Lagos Escobar. Contacto: mgomez@fosis.cl

He sido invitada a este foro para referirme a los desafíos que el trabajo social, desde la mirada de las políticas públicas, tiene hoy en este año donde la canonización del Padre Hurtado puede ser una buena motivación para volverse sobre temas tan acuciantes como la superación de la pobreza, de la indigencia y el mejoramiento de la distribución de los ingresos y las riquezas. Quisiera comenzar señalando algunos elementos que me parecen interesantes, precisamente, de este contexto, de nuestra realidad hoy, como país y como sociedad en estas materias.

El primero de ellos es que, de una u otra forma, la preocupación por la pobreza parece haber sufrido una paulatina especialización y despolitización. En efecto, el circuito donde se debaten estos temas parece tener una dinámica propia y sus debates, reflexiones y propuestas, no necesariamente impactan en el centro del debate político actual. A diferencia de otros problemas

sociales como el desempleo y la delincuencia, que los medios de comunicación se encargan de poner majaderamente en el centro de la agenda política, la lucha contra la pobreza adquiere un carácter más particular, más aislado. En cierto sentido, más privado; creo que aquí estamos frente a un fenómeno que todavía no alcanzamos a debatir como país, pero que tiene enormes implicancias, como es la privatización de la lucha contra la pobreza y su despolitización.

Como antecedente, es preciso señalar que en la historia de Chile la pobreza ha estado incorporada en el debate político de forma oblicua o tangencial. En efecto, la izquierda política y el social cristianismo generaron potentes discursos políticos afirmados sobre las demandas y reivindicaciones de grupos como la clase trabajadora y los sectores campesinos, los que si bien estaban construidos sobre las carencias y necesidades de dichos grupos, no tenían a la pobreza como elemento central. De una u otra forma, la enorme construcción cultural, artística e intelectual que generó el país durante todo el siglo XX acerca de la miseria y las condiciones de vida en los sectores más pobres, no llegaba directamente al debate político, sino que siempre iba de la mano de una lucha de clases donde el sujeto constructor de una nueva realidad estaba más bien asociado a la figura del obrero, del trabajador, del empleado y del campesino. La pobreza como fenómeno, la marginalidad como problema político no encajaba tan claramente en este cuadro.

Sin embargo, la recuperación de la democracia nos encuentra con un derrumbe de muchos paradigmas "obreristas"[1], en especial, debido a la misma destrucción y reemplazo del capitalismo de vocación industrial por otro de vocación financiera, a la vez que asiste a una reflexión de gran profundidad desarrollada por un conjunto de intelectuales sobre la configuración de un "sujeto popular", distinto del paradigma obrerista y más bien definido por su condición de pobreza y su asentamiento territorial precario, que por el lugar que ocupa en el proceso productivo. Esta reflexión, cuyo máximo exponente en Chile es el historiador Gabriel Salazar, lleva a la izquierda, tanto en su versión concertacionista como fuera de ella, así como a los sectores socialcristianos, a encontrarse con un sujeto cuya definición principal radica en su pobreza.

Asimismo, la herencia de la dictadura, en orden a restringir o eliminar las políticas de bienestar universal y reemplazarlas por políticas sociales focalizadas, instala a dicho sujeto en el centro de la preocupación en el ámbito de la gestión social desde el Estado. Tenemos entonces al pobre, en tanto tal, como un sujeto de acción preferente, y al Estado, ante el desafío de generar políticas que lleguen a él, más allá de aquellas diseñadas para asegurar el bienestar de distintos tipos de trabajadores o trabajadoras. Esto es de vital importancia, porque la relación laboral deja de ser el principal instrumento de categorización y articulación de las políticas de bienestar social y la intervención comienza a centrarse en el ámbito territorial.

En este marco, se hubiese podido esperar un debate amplio y sostenido sobre la pobreza, en el centro de la discusión política. Sin embargo, una dinámica paradójicamente asociada al mismo orden de cosas, disminuye la potencia de dicho debate. Y es que la idea de políticas sociales correctivas, como paradigma de acción, pone en el centro de la discusión el trabajo con las personas pobres, a fin de generar apoyos que les permitan superar su condición, a partir de su realidad individual o colectiva. Sin embargo, nubla toda reflexión crítica o debate respecto a las condiciones que originaron dicha situación de pobreza. El Estado, la política y la reflexión académica miran entonces a los pobres como una realidad dada sobre la que hay que trabajar, pero pierden de vista el circuito completo, especialmente, en aquellos puntos que dan origen a dicha condición.

No quiero con esto decir que lo que se ha hecho está equivocado. Bajo esta mirada es que hemos

1 N.E: Las comillas son del editor.

disminuido la pobreza a menos de la mitad durante los gobiernos democráticos y nos hemos podido plantear el eliminar prácticamente la indigencia mediante intervenciones tan ambiciosas como el Sistema Chile Solidario. Lo que quiero decir, es que un debate incompleto como este, va dejando preguntas sin respuestas y dimensiones que, de una u otra forma, no queremos mirar.

En este sentido, el debate sobre las políticas públicas recorre básicamente su efectividad y su impacto sobre las personas pobres y su realidad. Ya sea la discusión sobre si es mejor trabajar desde el Estado o privatizar las intervenciones a través de instituciones como el Hogar de Cristo, o bien en la discusión respecto a qué tipo de acciones resultan más orientadas hacia el asistencialismo o bien a la promoción social, vamos llegando a debates extremadamente técnicos donde la política –la política con mayúsculas– la que tiene que ver con la reflexión sobre los modelos de sociedad que queremos construir, va quedando afuera.

Sin embargo, la realidad nos explota y se aparece con fuerza aunque no queramos verla. Todo el debate respecto a la desigualdad en la distribución del ingreso y la riqueza en Chile, así como las discusiones relativas a la precariedad y mala calidad de los empleos apuntan a que pongamos la mirada precisamente sobre aquellos espacios que no hemos querido ver, sobre aquellos ámbitos donde parecen residir en gran parte las causas de la pobreza de muchas personas y familias.

Este es un segundo elemento que creo importante destacar de nuestro entorno hoy. Y es que, de una u otra forma, el debate político se ha asomado tímidamente a estas discusiones. Ha intentado, o eso parece al calor de la campaña presidencial[2] poner sobre la mesa la cuestión de la desigualdad y, en menor medida, de las condiciones de trabajo.

Subrayo, tímidamente, porque parece estar aún del lado de las frases de "buena crianza"[3] y de las declaraciones de buenas intenciones. Sin embargo, si raspamos un poco esta cobertura, y si impulsamos que quienes participan de este debate ingresen con mayor profundidad y claridad a la discusión, nos encontraremos con diferencias respecto a la visión de país y de los modelos de sociedad que abriría una interesante discusión, donde la política pueda asumir mejor estas cuestiones. Estamos, creo, ante una oportunidad débil y tenue, pero oportunidad al fin.

Entonces, mi primera conclusión o reflexión respecto a los desafíos del trabajo social este año, es precisamente esa. Creo que, sin duda, la mirada del trabajador o trabajadora social es fundamental para poder desarrollar este vínculo entre una discusión cerrada y especializada y el debate político más amplio. Y es fundamental, también, en tanto permite que el debate político pueda asumir estos temas en forma seria en función de lo que hemos aprendido y desarrollado estos años. Sé que lo que estoy planteando puede parecer muy esquemático, pero tiene como objetivo poder ilustrar, aun a riesgo de caricaturizar, un proceso que creo necesario estimular. Esto es, incorporar por primera vez y de forma plena el debate sobre la pobreza y la desigualdad a las grandes matrices de la discusión política, sin miradas oblicuas ni tangentes, sin el molde rígido del paradigma de clases basado en el trabajo y sin la miopía y ceguera intencionada de la reflexión neoliberal.

Confluyen, o deben confluir en esta tarea, el cuestionamiento del rol del Estado, de la sociedad civil, de los partidos, de las propias iglesias y órdenes religiosas, que desde la pobreza han generado una acción no exenta de implicancias ideológicas. Debemos incluir en esta mirada el debate sobre el modelo de desarrollo que estamos implementando y la realidad cierta de encontrarnos con un capitalismo financiero que no sólo no

2 N.E.: En referencia a la campaña realizada en ocasión de la elección presidencial del 2005, donde salió electa la actual presidenta Michelle Bachelet.

3 N.E.: Las comillas son del editor.

siente estímulos éticos para aportar en la superación de la pobreza, sino que puede simplemente prescindir de ella. Una de las grandes características del capitalismo financiero internacional es que puede dejar zonas geográficas, comunidades o personas totalmente abandonadas, sin que esto altere su capacidad de crecimiento y sin mayor preocupación por un posible estallido social, frente al cual siempre tiene la posibilidad de llevar sus capitales a otra parte. El crecimiento económico y el desarrollo de un país no implican automáticamente superación de la pobreza. Quizás esa es la lección más patente de las imágenes de Nueva Orleans tras el paso del huracán Katrina[4] hace unas semanas.

¿Cómo entra el trabajo social en esta tarea? ¿Cómo asume este desafío? Evidentemente, no lo hace desde una esfera cerrada ni aislada. El trabajo interdisciplinario y el desarrollo de habilidades comunes son cada vez más las claves para acciones exitosas, especialmente cuando tienen esta complejidad. Sin embargo, a pesar de trabajar en conjunto con otras disciplinas, en espacios diversos, el trabajo social debe hacer un aporte específico, concreto, desde su propia óptica y especificidad. Ezequiel Ander-Egg nos decía que el rol del trabajo social es servir de catalizador entre la realidad de los casos y el mundo de las políticas. Esto implica traducir las políticas al lenguaje y comprensión concreta de las personas y, paralelamente, ser capaz de llevar las preocupaciones de la población a la esfera donde la teoría aporta al diseño de políticas sociales. Conectar lo macro y lo micro, juntar teoría y praxis. Esta ha sido y sigue siendo la principal tarea de nuestra profesión.

En nuestro país, los debates a este respecto son de larga data, aunque no han tenido la continuidad y la fuerza necesaria. Desde el desarrollo del movimiento de reconceptualización del trabajo social a principios de los '70, truncado rápidamente por la acción de la dictadura hasta hoy, han pasado muchas cosas. Sin embargo, hay síntesis que no hemos podido concretar aún. Tenemos todavía escuelas con tintes marcadamente particulares, ya sea en el ámbito de la intervención y el caso, o en el ámbito de la investigación académica. Es como si la respuesta a la tensión planteada en los '70 hubiese sido la generación de islas donde cada una de las tesis o posturas se hubiesen desarrollado al calor de los acontecimientos. En cierto sentido, esto nos ha permitido profundizar en el ámbito técnico de nuestra profesión, pero sin duda nos ha retrasado en la concreción del ideal con que se inició este debate, cual fue el de contar con una carrera que permitiese hacer este vínculo virtuoso entre realidad y política.

Antes que nada, entonces, es preciso reforzar los vínculos y canales entre los distintos campos de enseñanza y práctica del trabajo social. El largo debate sobre la exclusividad universitaria de la carrera, nos ofrece hoy, exitosamente concluido, un marco apropiado para efectuar esta introspección conjunta.

Mi segunda conclusión es que esta tarea exige, de todas formas, una suerte de reencuentro entre la carrera y la política. Suerte de reencuentro que, en realidad, tiene mucho que ver con el divorcio en general de la política con la academia, pero que quiero aterrizar hoy en nuestro ámbito. Y esto en un espacio donde ni la política, con mayúsculas, es la misma, ni las políticas son las mismas. En el caso de la primera, creo que es evidente que tenemos un sistema y un debate político que se impone fuertes restricciones que no necesariamente dicen relación con la racionalidad social del país. Así como estuvimos discutiendo una década la ley de divorcio, a pesar de que la mayoría del país siempre la reclamó como una necesidad, hoy la política se inhibe al entrar en temas que tienen que ver con la redistribución de los ingresos o la riqueza, especialmente cuando se llega a la conclusión de que para darle más a unos hay que quitarle más a otros, matemática elemental que hasta un niño entiende, pero nuestro sistema político no.

4 N.E.: En referencia al huracán Katrina que asoló las costas de New Orleans, EEUU, en el mes de agosto de 2005.

Si en el caso del divorcio, el bloqueo de la voluntad popular y el buen sentido se producía por la constante presión de los sectores más conservadores, encabezados en dicho debate por la Iglesia Católica, en el caso del debate económico, la derecha empresarial es quien asume el rol de censor. En ambas situaciones los desafíos son similares porque lo que está detrás del bloqueo es algo parecido. En efecto, tanto en el caso de la Iglesia en un debate, como en el caso de los empresarios en el otro, lo que está en el fondo es una profunda desconfianza en la voluntad popular y en la capacidad del sistema democrático de tratar temas complejos; en síntesis, en una profunda desconfianza en la ciudadanía.

Y es que nuestra política tiene una profunda desconfianza en las mayorías, en los ciudadanos y ciudadanas y su responsabilidad. El temor al populismo y el trauma evidente de la crisis que originó el Golpe de Estado nos ha legado una generación que tiene un temor al conflicto social como herramienta de cambio y, por extensión, a las lógicas participativas. Un primer aporte de esta profesión en un reencuentro con la política tiene que ver precisamente con romper mitos y temores y generar dinámicas de decisión donde a la ciudadanía se le mire como un respaldo y un aliado y no como algo a lo que hay que temerle. No sólo hacemos más rica y productiva nuestra política, sino que de paso nos protegemos mejor de las presiones conservadoras que proliferan mejor en la oscuridad que en la luz.

Si miramos todo el debate presidencial, así como el proceso de reformas constitucionales o las disputas en las conformaciones de las listas parlamentarias, lo que está detrás es esta evidente tensión entre una elite que sostiene un discurso legitimador democrático pero a veces tiene temor de llevarlo a la práctica de forma un poco más radical. Por otro lado, junto con reconciliarnos con la política y construir una nueva forma de llevarla a cabo, los y las trabajadoras sociales, tenemos un amplio rol en el desarrollo de nuevas políticas públicas, de nuevas modalidades de intervención, de nuevas formas de trabajo.

En un Estado que lucha por poder generar intervenciones intersectoriales en una estructura rígida y compartimentada, en una lógica que busca reponer al sujeto como centro de la política y no la política como condicionante del sujeto, como hemos buscado con el Sistema Chile Solidario. En una mirada que tiene que ser capaz de combinar problemas distintos y evitar que las soluciones a unos generen impactos negativos en otros. Me explico, tenemos por delante el desafío de construir un sistema de protección social que garantice ciertos mínimos de bienestar a todos y todas los chilenos y chilenas más allá de su condición social. Sin embargo, a poco andar, aparece claramente que en esta empresa se cruzan tensiones y problemas de distinta índole, entre los cuales podemos identificar:

- La tensión entre la necesidad de redistribuir la riqueza y la presión de las elites por evitar una carga tributaria mayor.

- La tensión entre el encarecimiento de políticas sociales como la salud y la educación y la necesidad de poner límites a los gastos garantizados.

- La tensión entre la necesidad de que las mujeres nos incorporemos de forma plena al mercado laboral, generando condiciones efectivas de igualdad con los hombres y la consecuente tarea de buscar mecanismos de protección a las familias en dicho tránsito.

- La tensión entre un mercado laboral cada vez más exigente y precario y la necesidad humana de contar con tiempo y espacio para la familia, la recreación, el deporte, la política, el debate, entre otros aspectos.

Una mirada que permita compatibilizar dichas realidades y resolver dichas tensiones, se fortalece con el aporte de una profesión que trabaja desde los sujetos y su realidad, pero que se respalda en un sólido arsenal teórico y académico. Esta es la forma de conectar política y realidad e instalar la po-

breza y la desigualdad en el centro del debate; ello implica abandonar las miradas ingenuas y ser capaces de entender los intereses que están detrás de las distintas intervenciones o instituciones; supone, además, asumir el debate propio de la modernidad entre un Estado respaldado por la legitimidad, democrática, pero lento y torpe en su actuar, e instituciones privadas o de la sociedad civil que poseen una mayor motricidad fina, pero carecen de una legitimidad emanada de la soberanía popular. No quiero extenderme más para poder abrir una conversación con ustedes y discutir algunos de los conceptos que les he querido plantear. Sólo deseo terminar haciendo referencia a la persona de Alberto Hurtado, que está detrás de este foro y, evidentemente, de esta institución. Porque si miramos a Alberto Hurtado desde esta perspectiva, podemos encontrar en él a alguien que se esforzó en realizar esta síntesis. Que combinó la reflexión del mundo religioso con la acción social directa. Pero que también supo vincular dicha acción directa con una voluntad de generar, en consecuencia, cambios políticos. De otra forma no se entiende el rol que la Acción Católica y el liderazgo de Alberto Hurtado tienen en la formación del movimiento cultural, social y político de jóvenes conservadores que cristalizaría en la Falange y, más tarde en la Democracia Cristiana. Asimismo, el importante rol que jugó en la organización de los trabajadores, promoviendo un sindicalismo activo y transformador.

En condiciones distintas a las de hoy, con complejidades y oportunidades diferentes, él entendió que el trabajo social, el debate público y la acción política estaban estrechamente vinculadas y que no se podía estar en un espacio, sin comprometerse decididamente en el otro. Comprendió muy bien que para cambiar las realidades de las personas había también que proponerse cambiar la realidad del país. Alberto Hurtado no entendía la acción social y la política como algo desvinculado, como hoy quieren presentar muchos que entienden que la pobreza es un compartimiento estanco que debe trabajarse desde la buena voluntad y el carisma y que corre el riesgo de contaminarse con la acción política. La lucha contra la pobreza, para ser efectiva, debe ser fuente e insumo de la política. Debe ser política, con mayúsculas y en grande. Y en este reto, el trabajo social tiene un rol fundamental.

Muchas gracias